

MARÍA LUISA ERREGUERENA

UNA CUESTIÓN DE NOSTALGIA

Tal vez si alguien podría recordarla diría que estuvo ahí. Que se presentó puntual como todos los estudiantes en su primer día y que con seguridad fue al auditorio a oír una conferencia, que se repite todos los años, de su papel como médico interno en aquel hospital.

Lo cierto es que ella estuvo ahí como lo demuestran unos papeles que alguien tuvo el cuidado de buscar en ese hospital. La olvidaron, debieron olvidarla si algún día la conocieron porque los estudiantes proliferan ahí con tal asiduidad y monotonía que es fácil terminar por olvidarse, incluso, de su presencia.

Lo cierto es que estuvo ahí. Que arrastró con más o menos orgullo su ignorancia y su falta de práctica de médico que empieza. Que contó las horas del reloj para salir de aquel hospital, que como todos los hospitales, está lleno de desesperanzas y huidas secretas a mundos nuevos y felices.

Tal vez estuvo en el sexto piso porque una paciente que por esos meses tuvo un hijo recuerda haber visto a una doctora que por su descripción podría ser ella. Debió hacer historias clínicas y adquirir una forma apresurada y precisa para preguntar. Debió perder aquel gesto de asombro que dicen siempre llevaba consigo.

Un médico cree recordarla. Cree haberla visto discutir por no sé qué asunto de una noticia en el periódico. Dice que la recuerda por una vehemencia inesperada para él, gratuita, puede que tenga razón. Lo cierto es que ella defendía ciertas cosas con una convicción poco explicable.

También una enfermera cree recordarla porque, aunque no está segura, le parece que un día la vio llorar. Pudiera ser porque era una mujer algo triste que cuando estaba sola se sentía inclinada al llanto. Tal vez por esto no le gustaba estar sola y sin embargo cuando se alargaban las horas de compañía extrañaba cálida y arbitrariamente su soledad.

Por ejemplo contaría ella algún tiempo después que un día a la hora de cenar bajó al cuarto piso con el fin de ir hasta la ventana y sintiendo al aire sospechar el privilegio de estar sola. Pero, absurdamente, no pudo porque una de las enfermeras le preguntó que a dónde iba y ella perdió la respuesta porque sabía que era inútil tratar de explicar que iba a la ventana a escuchar un poco la noche, y si era posible, el roce de las estrellas al moverse escandalosamente en el universo y le dijo balbuceando que no que nada que era médico interno y que. Contaba que volvió al sexto piso donde no había ventanas, ni noches y mucho menos, claro está, estrellas.

Pero aquella noche, contó después, vio a la oscuridad cayendo entre sus dedos. Con seguridad hubiera dicho que respiró la noche como presa de un futuro inédito. Tuvo algunas horas para dormir. Se recostó al parecer para recordar con más tranquilidad la primera vez que se sintió vieja, porque a los 26 años algún desencanto la hacía sentirse vieja.

Tal vez se sintiera vencida pero tal vez no y recordó aquella otra noche en que se sentó junto a su hermana para hablar de sus padres y por primera vez, cada una con su historia tristemente secreta, sentirse viejas.

Después tal vez recordara a María Luisa; una amiga suya que había dejado medicina para dedicarse a escribir. Está loca, habrá pensado, antes de decirse que de todas formas es inútil, que a los escritores nadie los lee y a los médicos, seamos razonables, nadie les hace caso.

Pero después debió acostarse, doblar su pijama quirúrgico y sentir las sábanas frías en su piel y recordar a su amante. Es un amante, le dijo alguna vez a María Luisa, tan metido en sus propios asuntos, tan indiferente a ella y tan frío que bien podría ser un marido casi perfecto. Pero no contó más de aquella noche sino que se durmió y soñó que toda la vida era una novela de Onetti y que el Dr. Díaz Grey se paseaba por los pasillos tirando su sueño y su insomnio de una manera más que despreocupada.

En la madrugada le habló uno de sus compañeros, que bajara, que había trabajo, que era hora. Se levantó, es seguro, cansada y diciéndose, lo contó después, que su sueño tenía mucho sentido, que las novelas de Onetti eran más realidad que la vida y que Díaz Grey tenía sin lugar a duda una existencia mucho más real que muchos de los médicos que deambulaban por el hospital.

No tuvo tiempo de sentirse desconsolada o sola porque cuando bajó había mucho trabajo. Aunque algunas veces parecía imposible las guardias siempre llegaban a su final.

Cuando acababa la guardia pensaba en ir a ver a María Luisa. Después de todo con ella podía escuchar música, quejarse más por costumbre que por convicción de lo mal que estaba el país o la universidad. Pero la mayoría de las veces prefería estar sola. Tal vez le hubiera gustado estar con su amante pero sabía con una exactitud absolutamente predecible que estaba ocupado en sus asuntos.

Nos contaba después que prefería estar sola. Perderse en las calles llenas de gente que la llevaban a su casa. Que dormía un rato largo, que a veces la despertaba la lluvia. Una lluvia torpe y ambiciosa aclaraba ella.

Recuerda María Luisa que algunos días iba a visitarla. Que le proponía que escribiera una novela pográfica para hacerse rica. Que le daba argumentos del todo convincentes de que hacerlo, por supuesto, no estaba a mal con la ética. Recuerda María Luisa haberla visto cansada, aburrida (vencida dice con esa manía que tiene de dar adjetivos contundentes) y negarse a hablar de la vida del hospital. Decirle que de eso no valía la pena hablar, que su anonimato la llenaba de una vergonzante humillación. María Luisa le contaba después de lo que estaba escribiendo, de que tal vez la publicaran en este o aquél lugar y de algún concurso, que más

por esperanza que por convicción iba a entrar. Oían música, se quejaban como era habitual de lo mal que está el país, la universidad y algunas veces de sus amantes. Después, recuerda María Luisa, se hacía un silencio que parecía terminar de quitarle el sueño que siempre parecía llevar con ella.

Cuando llegaba después a su casa ya estaba su amante Manuel, cenaban o hacían el amor y después casi invariablemente hablaba ella de San Sebastián, recuerda Manuel.

San Sebastián era un lugar que se vestía de blanco en invierno y se quitaba el follaje en espera de una helada inexistente. Debíó existir, pero ella lo inventaba cada noche para sorprenderme a mí dice Manuel, o a sí misma.

María Luisa cree sin embargo que ese lugar no existe, lo cierto es que ella solía inventar cosas. Inventó por ejemplo un día de fiesta. No fue un día al hospital, como lo atestigua un puntito rojo en alguna lista, donde aparece su nombre y según algún versado en papeles significa una ausencia. Con seguridad la vieron tomar un camión hasta Reforma y desayunar con el sabor de un día de fiesta, con tiempo, le dijo después a alguien, para sentirme cansada y sola.

Fue a dar con seguridad a algún parque y supimos después que le tocó ver una manifestación, jugó es seguro, con las miradas desdeñosas de los jóvenes que tal vez creían hacer una revolución. Contó después que se sintió inclinada a unirse a ellos pero que no lo hizo porque prefirió ver a los niños del parque no haciendo ninguna revolución.

Se sentó tal vez en una banca sola y quizás recordó a Estela una niña pequeña que había conocido en el hospital poco antes de que muriera. Ver morir a una niña, le dijo alguna vez a María Luisa, es como probar el sabor de la tierra, sentir su ternura dormida y amarga en el paladar. No quiso, contó también, seguir pensando en Estela. Pensó en la manifestación, pero el sabor a la tierra ya había quedado y recordó, Tlatelolco. Ella no estuvo ahí. Tal vez lo conocía por recuerdos soñados o contados por alguien, pero ella no estuvo ahí.

Estuvo es cierto en la universidad y conoció ahí la exaltación de los mítines, la sonrisa condescendiente de los líderes, el espectáculo sorprendente de una manifestación. Estuvo el 10 de junio. Le contó a Manuel alguna vez que fue un día de sol, con mantas pintadas de rojo y altoparlantes invitando a una marcha que por su importancia, decían, sería histórica. Fue una tarde larga, recuerda Manuel que le dijo, se escuchaban sirenas por la ciudad y llovía una lluvia absurda de desamor y nostalgia. Sonaban sirenas y llovía; era como si la muerte explorara a caballo la ciudad. Después ya noche hubo un gran silencio como si se nos quedaran dormidos los recuerdos.

Fue entonces cuando tuvo miedo, aclara María Luisa, después ya no. No se sorprendió siquiera cuando encontró la facultad llena de barricadas,

manchada a ratos de sangre. En el auditorio había un joven muerto, un joven que, decían, había tenido la audacia de ir ahí a morir. Lo velaron y lo sacaron después absurdamente orgullosos de la posesión de un cadáver. Tolerantes, misericordiosos e irremediamente perdidos ya.

Recuerda Manuel que con él al menos no quería hablar de aquello. De su olvido de la exaltación, de esa tristeza que ya veía en las tardes lluviosas, de aquel silencio que fue guardando cada vez más largamente hasta dejarlo en algún lugar mal alcanzable ya.

Se sentó es seguro en una banca sola, pasó con certeza un viejo de esos que siempre hay en los parques y ella tuvo misericordia de él. Era, recuerda María Luisa, una mujer ingenuamente misericordiosa. O tal vez no y tuvo un poco de lástima de sí misma de ese despertar amargo y triste en la madrugada, cuando se soñaba caminando en aquel desierto y quería gritar y no podía hasta que despertaba sobresaltada para ver a Manuel dormido, moreno y pensaba más tranquila ya, que le gustaba el color de su piel y su respirar tranquilo, que él estuviera ahí.

Se levantaba, después cuenta Manuel, descalza sin saberlo seguro con el único fin de sentir el piso frío y terminar de despertar y olvidarse de aquel desierto, de aquel grito que no había pronunciado y se acercaba a la ventana y veía las calles vacías, oscuras, habitadas por nostalgias y recuerdos que a ella la hacían sonreír, porque le daban un pretexto para no pensar, en el hospital, ni en exámenes. Se ponía a hablar de cualquier cosa, añade Manuel por ejemplo de aquel tiempo azul de después del 71, de aquellas conversaciones de entonces de la impotencia y prisa de los jóvenes que no llegaron a ser guerrilleros.

Del hospital nadie más puede recordarla y sin embargo terminó su internado como lo demuestra un brillante diploma que por lo demás nadie fue a recoger.

María Luisa piensa que tal vez murió en un desahogado suicidio que ni siquiera alcanzó la nota roja. No es muy confiable, los escritores tienen una tendencia más bien marcada a exagerar. Manuel piensa que tal vez estudia en el extranjero. Pudiera ser. Lo cierto es que después de su internado se nos perdió a todos. No volvió, es tan solo una cuestión de nostalgia pero lo cierto es que ella estuvo ahí.

